

## LA TRADUCCIÓN Y EL EXILIO

Por Eduardo Mateo

¿Existe alguna relación especial entre exilio y traducción? Evidentemente no soy yo el más indicado para dar la respuesta a este interrogante. Me limitaré a abrir un campo en el que las ideas expuestas son hipótesis que deben tomarse como una meditación abierta sobre el tema<sup>1</sup>.

Apunta Vicente Llorens que *toda reseña de las actividades literarias de los emigrados, por breve que sea, debe incluir las traducciones*<sup>2</sup>. Hoy, pasado el cincuentenario del exilio republicano, nada todavía se ha estudiado de esa obra, que constituyó una de sus principales actividades. En un breve apunte histórico, debemos reseñar que los españoles exiliados propiciaron un aumento espectacular de las editoriales en México. Esto hizo crecer la demanda de traducciones y buena parte de los refugiados vivieron o malvivieron de ellas. Muchas y variadas son las razones que se concitaron para ello: tarea que muchos de ellos ya realizaban en España como instrumento de enriquecimiento intelectual, gran preparación cultural, dificultad para encontrar otros trabajos, quizás el cataclismo personal y colectivo vivido hiciera que muchos prefiriesen la traducción a continuar una obra propia que entrañaba más riesgos... Recuérdese aquí, siquiera sea de pasada, las obras de Gaos, Imaz, Roces, Xirau, Comas, Bosch Gimpera, Ortega, Millares Carlo, y un largo etcétera. En él hay que incluir una larga legión de excelentes traductores procedentes de todos los campos de las ciencias, artes y humanidades, que desde el exilio vertieron al español obras indispensables del pensamiento y de la ciencia universales. Véanse los catálogos bibliográficos del FCE, Clásicos bilingües de la UNAM, Biblioteca Enciclopédica Popular, Editorial Leyenda, etc...

Vaya desde aquí, en recuerdo y homenaje, una llamada de atención a quien corresponda sobre el silencio que cubre esta empresa tan valiosa para la cultura en lengua española. Está por estudiar el papel de los traductores españoles en México, Argentina, la URSS, etc...; el cómo se han vertido a la lengua castellana las grandes obras de la cultura mundial; si ha sido igual, o no, en todas las partes, o han influido los lugares, las gentes, el cambio generacional; a qué lengua se traduce; etc... Resumiendo, cualquier espacio de este tema está por investigar todavía.

En cuanto a la razón de tratarlo relacionado con los jóvenes y niños del exilio, además de lo dicho, hay que añadir que de los autores estudiados, que yo sepa, por lo menos siete: Juan Almela, Nuria Parés, Federico Patán, Francisca Perujo, Martí Soler, Tomás Segovia,

<sup>1</sup> Seguiré básicamente en mi exposición como soporte teórico a George Steiner en *Después de Babel: Aspectos del lenguaje y la traducción*, México, FCE, 1980. Es un estudio extensamente documentado y sintetizador de todas las corrientes de opinión sobre la traducción. Probablemente lo más completo que se haya elaborado sobre la materia. Al fondo corren las obras de Georges Mounin, *Los problemas teóricos de la traducción*, y las de García Yebra: *Teoría y práctica de la traducción* y *En torno a la traducción*.

<sup>2</sup> Vicente Llorens. *Aspectos sociales de la literatura española*. Madrid. Castalia. 1974, p. 237.

Francisco González Aramburu, se dedican profesionalmente a ella. A la traducción literaria, con mayor o menor grado de profesionalidad, se dedican: José de la Colina, Manuel Durán, Carlos Blanco, Angelina Muñiz, Enrique de Rivas, Roberto Ruiz, Jomí García Ascot, Ramón Xirau, César Rodríguez Chicharro... Como puede observarse un porcentaje mayoritario de ellos. Curiosamente, en esta promoción no hay una conciencia clara de la presencia de la traducción en ella como la había en los grupos de sus mayores. Cada uno de los entrevistados me decía que el único que se dedicaba a la traducción era él, y, *bueno, había otro o dos más*, acababan recordando.

También debe considerarse que la traducción ha sido con harta frecuencia un trabajo de exiliados, como bien se ha podido contrastar posteriormente con los exiliados sudamericanos. No hay que firmar contrato alguno, se les puede pagar peor por sus condiciones materiales, incluso siempre hay alguien dispuesto a hacerlo más barato, amén de la buena preparación lingüística y cultural de la que han dispuesto estos exiliados.

El oficio de traductor sólo tiene alguna desventaja: que está muy mal pagado, poco considerado, etc... Valery Larbaud lo describía como el mendigo a la puerta de una iglesia, como el último de la fila que sólo vive de limosnas, hace de esto un tiempo ya y poco ha cambiado desde entonces, a tenor de las quejas de los traductores. No hace mucho Rafael Conte afirmaba que *ser traductor es ser siervo de la gleba*. Fuera de esas desventajas, por lo demás, cuentan ellos, todo son ventajas: es un trabajo sin horario, compatible con otras tareas, a veces una forma de completar un sueldo con otros trabajos y, para el escritor, *permite algo que es muy importante* —señala Federico Patán— *que es meterse en la mente ajena. Tratar de encontrar los equivalentes a lo que esa mente está tratando de decirte. Esforzarte en encontrar equivalencias de otro idioma en el mío, me enriquece mucho como escritor. Es un ejercicio constante en la búsqueda del matiz más fino para el pensamiento ajeno, que revierte en beneficio de lo propio cuando estoy tratando de expresar lo mío*<sup>3</sup>.

<sup>3</sup> Bien es verdad lo que dice Juan Almela, y Steiner comenta varias veces en su discurso, de que *los aspectos técnicos, peculiares y trascendentes de la traducción constituyen un campo de indagación tan válido y tan restringido como cualquier otro, pero que al traductor común le tienen sin cuidado en su trabajo*, Juan Almela, «Opiniones sobre la traducción», *El Traductor* (México), n.º 0 1.º semestre 1982, p. 20. También son ciertas, y antiguas, las disensiones y querellas habidas en contra de la traducción. Alfonso Reyes en «De la traducción» nos dice que *si ya la expresión de nuestros pensamientos en nuestra habla es cosa indecisa y aproximada, el traducir, el pasar de una lengua a otra es tarea todavía más equívoca*, en *La experiencia literaria*, 3.ª Ed., México, FCE, 1983, p. 133. Siempre hay una cierta imposibilidad o traición en toda traducción. Tomás Segovia, dos veces premio nacional Alfonso X en México a la mejor traducción, mantiene, en «Un lenguaje intraducible», que la dificultad de traducir poesía *consiste en tener que traducir simultáneamente algo que es lengua y algo que no es lengua*, *Plural*, 8; mayo 1972, p. 32. Se refiere con extralingüísticos a elementos como el cómputo silábico de los versos, el número de sílabas de las palabras, el ritmo acentual... Podríamos acarrear cientos de testimonios parecidos más, pero hay algo básico: los tres citados y la mayor parte de los dejados en puertas siguieron o siguen traduciendo (los citados, y por esto citados, muy bien, por supuesto).

Como apunta Steiner, *cada traducción es un acto de aproximación, de leve pérdida o falla para acercarse al centro y esa leve pérdida o falla o pequeña traición, que otros llamarían, no sólo no imposibilita material o moralmente la traducción, sino que la hace deseable y posible*, a lo que yo añadiría: rica, personal y diversa. Si bien teóricamente es posible que se pueda llegar, incluso por demostración (¿paracientífica?) *ad absurdum*, a confirmar la perversión interna de la traducción, en la práctica estoy convencido de sus bondades o maldades en la misma proporción que cualquier otro texto de creación. Señala O. Paz en *Literatura y literalidad*, Barcelona, Tusquets, 1971, p. 7, que *aprender a hablar es aprender a traducir; cuando un niño pregunta a su madre por el significado de esta o aquella palabra, lo que le pide realmente es que traduzca a su lenguaje el término desconocido*. Lo que se está planteando en el fondo de todo este debate sobre la posibilidad o no de la traducción es una derivación del cuestionamiento y negación del lenguaje mismo. Esta corriente que arranca con fuerza del Romanticismo, el caso más expresivo es el de Hölderlin que llegó al silencio, pasa por Mallarmé, Rimbaud, Baudelaire... y llega a nuestros días con reiterados bríos y razones: Kafka, Pinter, Ionesco, Beckett...; pero no es éste el lugar para entrar en esa problemática. En este debate sobre la posibilidad o no de traducir me alíneo con los que creen que sí es posible, incluso deseable. Ya sea como señala Hermann Broch porque: *Logos y arquetipo están inexorablemente unidos entre sí y, precisamente porque en esta íntima vinculación reflejan la estructura básica de nuestra humana existencia, podemos nosotros, por encima de todas las distancias en tiempo* →

Aceptando como punto de partida que *el misterio de la traducibilidad es el misterio de nuestro propio ser*<sup>4</sup>, como señala Broch, hay una diferencia cualitativa entre la traducción de lenguas próximas culturalmente y las lejanas. En el caso de las segundas, a pesar de perderse bastante entre la incomprensión y la distancia de concepciones del mundo, pueden servir para recuperar la seguridad en la propia identidad al comprobar que *la universalidad del espíritu era la respuesta a la confusión babilónica*<sup>5</sup>. Dentro de la misma cultura, la traducción tiene más posibilidades. Traducir es leer, y ambos actos sinónimo de comprender un texto en profundidad y en sus relaciones. El hecho de la diferente conformación de campos semánticos implica una percepción diferente de los mismos; pero cada vez esa percepción es más histórica y menos actual, debido a los múltiples sistemas de intercomunicación entre estas culturas próximas. Si nos atenemos a la intraducibilidad del lenguaje poético, por ser el más paradigmático, podemos encontrarnos con la sorpresa de que no lo es tanto<sup>6</sup>.

La dificultad nace menos de la traducción que del propio medio expresivo, que se cierra tanto y por igual al lector de la lengua propia como al extraño. Esa universalidad, esa falta de intención socializadora, ese enciclopedismo, ese ser categoría facilitan la traducción, salvadas las dificultades intrínsecas de la oclusión del texto. Tomás Segovia, poeta, traductor y opuesto a la traducción a veces, nos dice que poema no es lo que está escrito sino lo que sucede entre lo que está escrito y el lector, con lo que el efecto de traición posible se reduce a uno de los componentes. *La mejor refutación* —señala Manuel Durán— *es mostrar la inmensa vitalidad de la poesía traducida. Homero, Dante, T.S. Eliot, entre otros mil, han afectado profundamente el pensamiento poético de autores que no conocían, o solamente conocían a medias, el griego, el italiano, el inglés*<sup>7</sup>.

Finalmente, creo que debe tenerse en cuenta el paralelismo existente, en lenguas de cercana cultura, entre los procesos de referencia y asociación, entre la realidad y la expresión. Si, como decía Tomás Segovia, hay diferencias extralingüísticas, también creo que es cierto que hay similitudes paralelas de asociación. Así, si traducimos la palabra *coeur* por *corazón*, se observan grandes diferencias tanto gráficas como sonoras. Pero no creo que difieran tanto el sentido más el efecto del sentido (la suma del significado, significante y las connotaciones culturales y afectivas) que perciben un francés y un español en ambas palabras, por ejemplo. En el fondo de esta cuestión creo que subyace el viejo problema de la vieja creencia y anhelo de la existencia de un lenguaje privado, término este utilizado aquí en el sentido wittgensteiniano.

— y en espacio, llevar nuestra comprensión, como goce espiritual y estético, a manifestaciones simbólicas de culturas que, de otro modo, nos serían totalmente extrañas e incluso a manifestaciones del arte y la vida de civilizaciones primitivas, Herman Broch. *Poesía e investigación*. Barcelona. Barral. 1974, p. 353. ya sea porque todas las lenguas responden a una estructura sintáctica universal en líneas generales, como señalaba Chomsky; o bien por los caminos de la memoria genética; así sea por otros caminos andados o por andar, el hecho es que la traducción ha sido y sigue siendo un vaso comunicante de culturas. El hecho de que estas ideas en que puede basarse no sean científicamente demostrables puede deberse a que lo sean efectivamente o a la incapacidad del hombre actual para conseguirlo. En todo caso, no es la única idea o realidad indemostrable que funciona en este mundo. Es, sin más, una de las múltiples paradojas pragmáticas que nos rodean.

<sup>4</sup> Herman Broch, op. cit., p. 354.

<sup>5</sup> Octavio Paz, op. cit., p. 7.

<sup>6</sup> Roland Barthes en *El grado cero de la escritura*, 8.<sup>a</sup> Ed., México, Siglo XXI, 1986, p. 52-3, avisa que *la palabra es aquí* (se refiere a la poesía moderna) *un acto sin pasado inmediato, un acto sin entornos, y que sólo propone la sombra espesa de los reflejos de toda clase que están vinculados con ella (...)* *La palabra ya no está encaminada de antemano en la intención general de un discurso socializado (...)* *es aquí enciclopédica (...)* *Aquí la palabra tiene forma genérica, es categoría.*

<sup>7</sup> Durán, Manuel: «Montes de Oca: La traducción como creación, no como tradición», *Revista UNAM*, 12-8-1973, p. 48.

Según Steiner, la traducción tiene cuatro fases que se dan en la teoría y en la práctica, según el sentido de la hermeneia aristotélica:

1. La confianza de que *hay algo allí* de donde se pretende traducir.
2. Agresión: ruptura de un código, *el desciframiento es agresión*.
3. Desplazamiento: *incorporación en el sentido fuerte de la palabra*.
4. *La actualización de la reciprocidad que restaura el equilibrio*<sup>8</sup>.

La importancia de la traducción es, en palabras de Giovanni Gentile, *la condición de todo pensar y de todo aprendizaje*. El hombre entra en posesión activa de su conciencia, llega a un conocimiento dinámico de la realidad a través de la forma del lenguaje. Cada lengua genera una visión del mundo peculiar que, a su vez, es reflejada en el habla en un proceso dialéctico de una manera también peculiar, sin por ello llegar a confundir referente y significado. La percepción de la realidad y del sistema de referencias y valores se organiza en significaciones dentro de la estructura de la lengua, y todos estos elementos a su vez la conforman diacrónica y sincrónicamente. *Lo cual significa* —concluye Pedro Salinas— *que el lenguaje es el primero, y yo diría que el último modo que se da al hombre de tomar posesión de la realidad, de adueñarse del mundo*<sup>9</sup>. De ahí se deriva la importancia de la traducción que pone en contacto esas peculiaridades o visiones del mundo diferente sacando a los hablantes de su *ghetto* cultural y ofreciendo una de las mejores armas del pensamiento: la comparación. Algo, esto, muy importante en el caso de los exiliados, que conforman una tribu sellada por su propio lenguaje. Por otra parte ejerce una función de instrumento redistributivo de la cultura, donde finalmente todos salen beneficiados. El desarrollo y ampliación del horizonte cultural y humano es otro de los beneficios que se obtienen con ella. Hermann Broch, a este respecto, afirma que la misión del traductor es democrático-pacifista. La cultura cuanto *más pura* es, o se pretende, más castrada está. El mestizaje, la síntesis, la confluencia, son las bases de la riqueza cultural, que no tiene patria, o que su patria es el universo y la condición humana.

Hay que rescatar, también, la importancia del ejercicio de traducción. Parece ser que en el aprendizaje de idiomas ésta ha sido reemplazada excesivamente por otros métodos. Quizás sea como resultado de la aplicación del viejo principio de acción y reacción frente a su uso casi exclusivo hasta hace bien poco. Creo que hay que ponerla en su lugar, que es la formación integral del individuo proporcionándole nuevos sistemas de referencia, incluso asignarle en el sistema educativo unas horas lectivas propias, y, sobre todo, reconocer, exponer y potenciar los beneficios que se derivan para el que la practica. Hasta qué punto no están hartos los profesores de lengua de escuchar de los compañeros de otros idiomas, bien sean modernos o clásicos, la desgastada muletilla *es que primero les tenemos que enseñar español*. Esa es una de las derivaciones fundamentales del ejercicio de traducción. No sólo en el sentido restrictivo de que ya lo debieran saber, sino en el más amplio de conocimiento y perfeccionamiento de la lengua propia. *La verdad es que sí* —me comenta González Aramburu— *Cuando tú traduces y lo haces con algún grado de conciencia te das cuenta del idioma y lo afianzas. Una cosa se ha entendido cuando la pones en palabras y el otro lo entiende. Pues la traducción es un poquito lo mismo. Tú te crees que conoces tu lengua, que la dominas, y la traducción te enseña que no la dominas bastante, que no la dominas tanto como te creías al entrar en contacto con la otra. Podemos concluir, con Steiner nuevamente, que no hay mejor modo de apropiarse de la lengua propia, que adentrarse en otra. A lo que añade: Aprender una lengua extranjera,*

<sup>8</sup> George Steiner, op. cit., pp. 339 y ss.

<sup>9</sup> Pedro Salinas, *La responsabilidad del escritor*. Barcelona. Seix Barral. 1971, p. 22.

*comprender a fondo su sintaxis, equivale a abrirse una segunda ventana hacia el paisaje del ser. Equivale a escaparse, aunque sea parcialmente, de la cárcel de lo evidentemente obvio, de la intolerable pobreza, tan corrosiva precisamente por el hecho de que uno no se da cuenta de ella, de un sólo lente monocromo*<sup>10</sup>. Beneficio este que redonda directamente sobre el traductor mediante la obligada profundización en el texto y en el contexto en que se inscribe el mismo. Finalmente, la traducción ejercita la creatividad. Ya hemos visto al respecto de la incidencia en el escritor lo que opinaba Federico Patán de «*este oficio injertado en arte o este arte injertado en oficio*, como él mismo lo define. Más adelante leeremos lo que sobre este tema nos va a decir Martí Soler. Manuel Durán, en el artículo citado, constata que *traducir poesía es siempre recrear, volver a forjar el idioma*<sup>11</sup>. Nuria Parés señala que *al traducir poesía se comparte la creación*<sup>12</sup>.

Tras esta breve toma de contacto con el tema, ya se vislumbran posibles interferencias entre la traducción y el exilio. Las obras de Nabokov, Borges, Beckett, dice Steiner, *sugieren que la literatura moderna puede ser considerada como una estrategia de exilio permanente*<sup>13</sup>. Más adelante, y podría definirse así, éste va a ser el tema central del presente estudio. Este grupo que nos ocupa, en general, puede decirse que está dentro de esas coordenadas de extraterritorialidad. El paradigma teórico y práctico se da en Tomás Segovia. Véase su artículo «Explicación sobre el exilio»<sup>14</sup>, donde explica que hay una versión del mismo en la que éste se convierte en tema obsesivo, fundamental y personal, cáncer permanentemente sangrante que se transforma en *horizonte de sentido, necesariamente será entonces negativa y oscurecedora esta visión; pero hay otra experiencia, en que el hombre vive el exilio no como un episodio de su vida, sino como su condición*. Esta misma afirmación teórica del exilio como condición puede rastrearse sin dificultad en sus obras (*Anagnórisis, Cuaderno del nómada...*). Lo mismo hace Angelina Muñiz cuando asocia su exilio a la condición histórica del exilio judío ¿Quiénes más exiliados de la realidad aceptada que Miret o Deniz?... Y así sucesivamente, unos de una forma más consciente, otros luchando incluso por arrigarse en el nuevo medio, su obra está penetrada por la idea de exilio en el sentido genérico del término.

Demos otra vuelta de tuerca y avancemos hacia los terrenos de la traducción. Bien puede ser cierto que haya una especie de gramática universal que permita la comunicación entre los hombres por encima de las barreras del lenguaje. Pero no es menos cierto, aun acudiendo al postulado de Wittgenstein de que *el significado de una palabra es su uso en el lenguaje*, que el lenguaje no es sólo el vehículo del pensamiento, sino que también lo determina y condiciona como medio. El pensamiento, como lenguaje interiorizado que es en parte, subsiste ordenado, y sentido en consecuencia con la estructura de la propia

<sup>10</sup> George Steiner, op. cit., p. 106. Señala Steiner que *el traductor enriquece su lengua permitiendo que la lengua de la que traduce la penetre y modifique. Pero hace aún más: expande su idioma nativo hacia el absoluto secreto de la significación*, Steiner, op. cit., p. 86. Dice Marco A. Montes de Oca: *El traductor opera «desde dentro» del idioma al cual traduce, y que es el idioma que debe conocer a la perfección. Pero otra parte de su ser, de su atención, su memoria, se abre hacia afuera, hacia las voces —y los ecos— de muchas otras culturas*, Durán, op. cit., p. 48. Añade Octavio Paz que una de sus ventajas es que *la traducción suprime las diferencias de una lengua y otra; por otra, las revela más plenamente*, Paz, op. cit., p. 9, o sea, que pone de relieve y patentiza los elementos propios y comunes de cada lengua, pero todos, ayudándonos a discernirlos con claridad.

<sup>11</sup> Manuel Durán, op. cit., p. 48.

<sup>12</sup> Graciela Mendoza, «Entrevista con Nuria Parés», *Diario de la tarde*, 21-VII-67.

<sup>13</sup> George Steiner, *Extraterritorial*, op. cit., p. 30-1.

<sup>14</sup> Tomás Segovia, «Explicación sobre el exilio», *Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, México, 8 de agosto 1971, pp. 14-15.

lengua. No voy a entrar en las hipótesis monadistas de Humboldt, Sapir y Whorf, pero creo que es obvio que cada lengua es desarrollada en parte en función de unas necesidades ambientales concretas. Así, por ejemplo, véanse desde el diferente desarrollo de los campos semánticos, pasando por el grado de flexibilidad en la ordenación de los elementos sintácticos, hasta algo tan aparentemente secundario como el desarrollo y uso de fórmulas de cortesía. De ahí que la lengua propia sea el marco donde encaja la ventana del pensamiento humano y, por lo tanto, su estructura. La conciencia de la misma y la capacidad de uso determinan en buena parte las dimensiones, la perspectiva y el horizonte de una gran parte de nuestra aprehensión y comprensión de la vida y del mundo. Asevera Steiner que *articulado o interiorizado, el lenguaje es el componente esencial, la justificación de la conciencia. Es el caparazón constantemente sometido a prueba de la identidad*<sup>15</sup>. Entonces, cuando nos ponemos en contacto con otra lengua, estamos desarrollando una actividad que puede tener una incidencia importante sobre la identidad propia, según señala el mismo autor. Y en este terreno es donde la relación entre traducción y exilio puede mostrar la conexión entre ambos fenómenos.

El proceso de integración de un exiliado en otro medio exacerba antinomias fundamentales en el proceso lingüístico: lo interno y lo externo, lo subjetivo y lo objetivo, lo pasado y lo futuro, lo privado y lo público. Estas antinomias, que se producen siempre en la propia sociedad, se van conformando de una manera natural por referencias y mimesis al contexto establecido y conocido genéricamente. El individuo normal participa de hecho y de derecho en ambos términos de la antinomia, mientras que en el caso del exiliado disminuye el grado de conocimiento, es nuevo para él lo otro, el contexto establecido y el sistema de reglas y relaciones, así como su grado y condición de participación en el mismo. En cualquiera de las antinomias establecidas se puede estudiar la diferente penetración y distancia con que es vivida por el exiliado, por la comunidad de origen que sigue su propia evolución, y por la comunidad en que es acogido. Veamos, por ejemplo, la antinomia pasado-futuro. El pasado inmediato es diferente del de los que se quedaron en el país, y las perspectivas de futuro apenas tienen que ver. Con respecto a los mexicanos, el pasado poco o nada tiene que ver, el futuro probablemente no será igual, y cuanto más trabaje el exiliado en que lo sea, más estará creando una identidad de renuncia. Todo este entramado de relaciones en un medio diferente hace que la atracción de la lengua como medio de identidad se intensifique.

Tras este largo preámbulo llegamos al meollo de la cuestión: ¿existe una relación directa entre exilio y traducción?, o ¿son causas extralingüísticas y coyunturales las que los relacionan? Mi hipótesis inicial de trabajo era que muy posiblemente exilio y traducción tuvieran una atracción permanente de signo lingüístico con importantes derivaciones en la formación de la identidad propia y la situación espacio-temporal del exiliado. Esto puede desarrollarse en dos hipótesis aparentemente contradictorias, pero que a mi entender resultan complementarias. Partiendo con Steiner de que nuestros mecanismos de identidad *están totalmente basados en el hecho lingüístico*, la traducción dota de un sistema relacional al exiliado frente a la ausencia de su propio medio lingüístico, le sirve para la toma de conciencia de la propia lengua y apropia para ella y su cultura lo que no tiene, robusteciéndola. O la otra hipótesis: en la traducción se da una huida de lo personal, del *ghetto*,

---

<sup>15</sup> George Steiner, op. cit., p. 201. *Las fronteras entre las lenguas están «vivas»; son una constante dinámica que define a cada uno de los dos lados, a cada vertiente en relación con la otra, aunque también en relación consigo misma. Este es el secreto de la muy compleja topología que subyace en aquella antigua verdad, según la cual conocer una segunda lengua ayuda a profundizar e iluminar el dominio de la primera. Vivir la diferencia, palpar la textura y la resistencia de lo que es otro, equivale a vivir una nueva experiencia de identidad.*

de la ausencia de raíces hacia algo que no es tuyo, hacia lo otro. Es abrir una ventana hacia una universalidad cultural.

Haré un pequeño inciso para salir al paso de alguna objeción que a alguno le puede venir rondando hace tiempo: me estoy refiriendo al exilio de los niños y jóvenes, para los mayores básicamente serviría el mismo análisis pero habría que matizar algunas cosas; algunos estarán pensando que este exilio se produce en el mismo medio lingüístico. Sí y no. Adelantaré que si bien el código lingüístico es similar, varían en diversa medida los demás componentes del acto lingüístico, sobre todo del habla y del esquema comunicativo, amén de la voluntad explícita o subconsciente del hablante de potenciar la diferencia. Sostiene Broch que *en todo organismo lingüístico se esconde un núcleo privativo, imposible de traducir; esta intraducibilidad se debe a la vinculación regional y, en ocasiones, incluso local; y cuanto más estrecho es el parentesco entre dos organismos lingüísticos de este tipo, tanto mayor espacio cobra en su interrelación el núcleo intraducible*<sup>16</sup>. Recuérdese asimismo lo dicho anteriormente a propósito de las antinomias, a los que se pueden ir añadiendo otros elementos como referentes, identidad colectiva, usos léxicos, sintácticos y fonéticos... que no sólo difieren, sino que son usados explícitamente como marcas de diferencia. El uso fonético de la «z», por ejemplo, produce un fuerte rechazo en México, donde tiene un cierto valor de símbolo su no uso frente al español peninsular, con lo que para algunos exiliados y gran parte de los gachupines la anónima «z» se convierte en símbolo a su vez de identidad. Ya Saussure dejó claro que una cosa es la lengua y otras el uso y el habla. Además creo que hay por ahí una regla no escrita de que cuando las similitudes son muchas lo que se busca es la diferenciación y viceversa. Así procede Juan Ramón en su extenso poema «Espacio» donde dice: *y esta Nueva York es igual que Moguer*, o aquel indio mexicano que nunca había salido de su tribu y es llevado a Los Angeles a un Congreso de Antropología. Allí le preguntaron que qué le parecía aquella ciudad. Su respuesta dejó atónitos a los concurrentes: *No se diferencia mucho de donde yo vivo*. Ante tales diferencias, el indio buscó las similitudes para encontrarse. En la situación opuesta, procedemos igual. Véase como en un país cada región busca lo que le diferencia de la de al lado, cada pueblo hace lo mismo con el más próximo, cada familia con la contigua..., mientras que un aragonés y un andaluz serán españoles en China, y un español y un francés serán europeos. Buscarán y encontrarán las similitudes. Ya hablaremos a su debido tiempo del proceso de búsqueda de la propia identidad que vive el mexicano, frente al cual aparece en el exiliado una identidad históricamente definida, haciendo hincapié en los dos últimos términos porque el primero, *histórico*, resulta ser un elemento de choque y negativo para el exiliado; mientras que el segundo, *definida*, resulta beneficioso frente a la indefinición de la otra identidad. Lo que todo esto acarreará será un menor sufrimiento para el exiliado que si estuviera en otro medio lingüístico menos afín, pero no lo anula.

De acuerdo con todo lo aquí expresado y siguiendo nuevamente a Hermann Broch, resultan más idóneas para la traducción aquellas lenguas que se han alejado más del núcleo tradicional a consecuencia del tiempo y del espacio; aquéllas que han rebajado su carácter regionalista con una literatura suprarregional; como que es más fácil traducir a una lengua neutra que a un dialecto local. Si se me permite, y se quiere entender la expresión sin ningún tipo de sentidos despectivos, la relación entre la lengua de los exiliados y la lengua mexicana entraría en el último supuesto de dialectos locales. No porque los considere dialectos en el sentido puramente lingüístico del término, sino por el carácter de confrontación local que desarrollan por causas extralingüísticas.

<sup>16</sup> Herman Broch, op. cit., p. 356.

Volviendo al tema, nos vamos a centrar en el punto segundo del proceso de traducción, según antes hemos definido: la traducción es una agresión, es la ruptura de otro código. Psicológicamente para el exiliado, este proceso puede neutralizar la agresión sufrida por el propio código. Pero volvamos al problema de la conciencia de la propia lengua y de la creación de la identidad ¿No es la palabra en las religiones semíticas el centro de la identidad? San Juan empieza su Evangelio diciendo: *Y el Verbo se hizo carne*. Este Verbo se define en otro momento como: *Yo soy el que soy*. Muchos más ejemplos de la identificación entre la identidad y la palabra pueden espigarse en Biblia sin ninguna dificultad. Aduce Steiner que la propia *existencia en el marco de la historia, la aspiración a una identidad reconocible separada (estilo), se basan en las relaciones con otras estructuras articuladas. La traducción es la más gráfica de tales relaciones*<sup>17</sup>. Es digno de mención el hecho que se deduce de que la identidad propia está en función o se conforma en la comparación con otras identidades. No está nuestra identidad definida por lo que nos autodeclararnos o pretendemos ser, sino que su conformación es debida a que otras identidades captan y devuelven las señales de vida que la nuestra lanza. *En el cruce de sus coordenadas espacio-temporales, el individuo llega a ser aquel que se reconoce a través de una imagen que le es reflejada por su medio*<sup>18</sup>. Los psicólogos sabrán evaluar hasta que punto son válidas y hasta qué punto resultan un choque traumático para el exiliado las señales que recibe del medio que le acoge; y hasta que punto necesita otras ajenas a esa *caridad, indiferencia u hostilidad*. Creo que con el aprendizaje de otras lenguas y con la traducción se puede perseguir despejar esa incógnita de inseguridad en lo neutro afectivamente. Federico Patán expone que uno de los motivos por los que estudió lenguas modernas es para no tener que elegir entre dos ámbitos culturales: el mexicano y el español. *El inglés norteamericano me resultaba neutro, no me causaba problemas, era una cultura que no decía nada directamente a mi ser emotivo*.

La afirmación de Heidegger de que *ser equivale a comprender ser otro*, puede matizarse con el más modesto y directo axioma según el cual *todo acto de comprensión debe apropiarse de otra entidad*, como confiesa Steiner, y añade: *El traductor invade, extrae y «trae a casa»*<sup>19</sup>. Esta presencia del otro obliga a revelarse a la propia identidad, a descubrir sus propios parámetros tanto culturales como de conocimiento, percepción o de sensibilidad. El traductor se obliga, en parte y en cada momento, a redefinir su lengua, a readquirirla, o sea, a reafirmarla. Cuanto menos distancia hay entre las dos lenguas *tanto más vigoroso será el reflejo hacia la autodefinición protectora*. Esta reafirmación se produce en los caracteres específicos de la propia lengua. Por lo demás, no sólo no es pura sino que acaba amalgamando elementos de la otra y creando un andamiaje de tránsito (analogías, metáforas, aptitudes e inaptitudes, locuciones híbridas...).

La misma diversidad lingüística es para Steiner producto de *la necesidad psíquica de particularidad*. La diversidad lingüística nace de la imposibilidad de unas lenguas para expresar lo nuevo. Las lenguas mueren porque se convierten de tal forma en lenguaje público y sin sentido que llevan al silencio. De ahí que el símbolo de Babel no sólo no sea de destrucción, sino de vitalismo. Algo similar les ocurre a las lenguas de los exilios. A base de desnutrición por ausencia de la realidad aludida, de reconvertir los campos semánticos hacia esa ausencia, son lenguas muertas. Esta puede ser una de las causas de la necesidad de aprendizaje de otras lenguas, que en general manifestaron los componen-

<sup>17</sup> George Steiner, op. cit., p. 345.

<sup>18</sup> Grupo Colat, y Baraudy. *Psicopatología de la tortura y del exilio*. Madrid. Fundamentos. 1982, p. 102.

<sup>19</sup> George Steiner, op. cit., p. 341.

tes de este grupo. Paquita Perujo me contaba que se gastaba la paga o propina que le daban en su casa en aprender inglés e italiano. Federico Patán piensa *que es muy posible que a través de la traducción estemos dándole vueltas al problema del exilio, puesto que tomas una cosa extraña y la transformas en propia*. Empezó por leer literatura norteamericana en las bibliotecas, después hizo lo propio con el francés, aprendiéndolos a base de diccionario. José de la Colina afirma *por lo que a mí respecta, que era al mismo tiempo aficionado a la literatura española y a las clásicas, necesitaba una ventana abierta hacia otras cosas. Cuando empecé a traducir era sobre todo para aprender el francés. Era una ventana además hacia otros idiomas, allí había libros traducidos al francés que no lo estaban al castellano*. Lee, además, italiano, inglés y portugués.

Juan Almela es el paradigma más amplio de lo que venimos diciendo; aparte del inglés, francés, alemán y algo de italiano, todas ellas aprendidas a base de diccionario y gramática, ha hecho sus incursiones más o menos largas y profundas por las lenguas escandinavas (hasta tradujo un libro del sueco), ruso, samoano, euskera, georgiano, mongol, oseta, hebreo, húngaro, chino, armenio y una docena de lenguas más. *A algunas les he dedicado unas cuantas tardes, a otras semanas y hasta meses. Con frecuencia dejo el idioma uno, dos, siete años y vuelvo a empezar. De alguna de estas lenguas he aprendido un leve barniz. De otras he llegado a saber algo, a leer frases sencillas, a aprender unos centenares de palabras o de ideogramas, a entender los ejercicios de la lección II, 17, 25. Sin llegar empero, en ningún caso, a leer nada en ningún nivel «útil» ¿Por qué esta loca dispersión sin esperanza? Arguye que por falta de medios. Su interés no es el del aficionado a cultivar violetas (...) Lo que me interesa requeriría, para dar algún fruto, disponer de un enorme material muy variado, para poner las cosas en un contexto más amplio, comparativo, etc... Entonces sí que tendría sentido —sería indispensable estudiar múltiples lenguas hasta poder defenderse uno en textos originales.*

Angelina Muñiz traduce, habla y escribe: inglés, francés, italiano, catalán y latín. Nuria Parés habla, lee y traduce: inglés, francés y catalán; traduce portugués e italiano. Ramón Xirau habla y lee el catalán, el inglés y el francés; lee solamente: italiano, portugués, provenzal y latín. Los residentes en EE.UU. son al menos bilingües: Roberto Ruiz, Manuel Durán (catalán), Carlos Blanco Aguinaga (euskera). Josep Ribera habla francés, inglés y catalán; Martí Soler, el inglés, francés y catalán; Maruxa Vilalta habla y lee catalán, francés, inglés e italiano, traduce latín. Francisco González Aramburu dedica su vida a la traducción profesional, pero no me constan los idiomas que domina. Sé que el inglés lo aprendió él solo con los libros de secundaria; también traduce del francés y del alemán. Enrique de Rivas habla bien italiano, francés e inglés; medio lee el alemán, árabe y algo de latín; en cambio afirma detestar hacer traducciones, de las que ha hecho sólo dos del italiano. Luis Ríus hablaba y escribía francés, y traducía: inglés, italiano y portugués. De los demás no poseo este dato, aunque sí que sé que Tomás Segovia traduce francés, con dos premios nacionales de traducción, cuando menos; José Pascual Buxó y Arturo Souto hablan italiano; César Rodríguez Chicharro, inglés. *Hay que tener en cuenta —me apuntaba Souto— que antes de llegar a México, de muy niños o adolescentes, casi todos pasamos por Francia, algunos por Inglaterra, EE.UU., otros por Suiza, algunos otros por sitios rarísimos, es el caso de Jomí García Ascot, de los Hnos. Segovia, que pasaron por el norte de Africa, etc... Entonces fuimos a colegios extranjeros. Hay muchos casos que no es que aprendieran francés o inglés, sino que lo asimilaron ya de una manera más vital. Esto podría explicar en muchos casos el interés, porque algunos empezaron a leer, sobre todo ya en plan consciente, quizás antes en otra lengua que en la suya propia.*

La diversidad lingüística en un mismo individuo puede ser tangiblemente una opción que extienda su capacidad de selección, pues amplía el sistema de valoración (que toda

lengua supone) de la propia con los nuevos ordenamientos de las adquiridas. Se aumentan las coordenadas del pensamiento, también las demás, y es posible atender con mayor amplitud de miras las exigencias de la conciencia. Por otra parte, para el exiliado puede ser una salida para la creación de un núcleo de identidad frente a su propia situación peculiar impuesta. Todo grupo crea *un reino medio* de identidad y toda lengua levanta a su alrededor una muralla para preservarlo ¿No hay una penetración, un robo de identidad en toda traducción?

Andaremos siempre rondando el dilema de Schleiermacher: *o ir a la lengua extranjera o traerla a la propia*. En la relación de las lenguas, y más concretamente en la traducción, lo uno y lo múltiple están en una continua y, a veces, dramática situación de interrelación. Es el juego de relaciones mutuas que se establece entre abolir lo múltiple y llegar a la universalidad, y descubrir las diferencias convertidas en un vehículo en el que encontrar las singularidades. Si bien esto subyace en la propia naturaleza dialéctica del habla que simultáneamente uniforma y divide, en el caso del exiliado creo que ambas vertientes tienden a polarizarse por la propia dinámica esquizoide que supone todo exilio.

No deja de ser curioso el hecho de que la traducción raramente se abandone, incluso cuando la personalidad está bien definida (si esto es posible) y está garantizado el dominio del idioma. Según Steiner, ello es debido a un cierto grado de altruismo y *porque tampoco es posible olvidar el instinto de la propiedad. Porque solamente cuando «trae a casa» el simulacro del original (...) llega a sentirse en plena posesión de su fuente*<sup>20</sup>. Creo que a ello habría que añadir el cambio que se opera en el individuo mediante el cual necesita menos la búsqueda de identidad y realiza más una búsqueda intelectual; quizás aplicándose el viejo axioma de que cuanto más se sabe, más campo se abre al conocimiento. Hay, sin duda, más posibles razones. Con todo, sigue habiendo un acto de expropiación que queda bien patente en una de las reivindicaciones más expuestas actualmente por los traductores, que se les paguen derechos de autor. Véase cualquier revista del tema para comprobarlo. La misma ley reconoce al traductor estos derechos, y así piensan cada vez más profesionales.

Puede pensarse que quien acomete una traducción siente una motivación parecida a la que impulsa el acto creativo en literatura. El traductor no sólo debe trasladar contenidos semánticos, o ¿quizá sí deba hacerlo? Pero inevitablemente tendrá que buscarles los soportes significantes y en la medida de su propia cultura los extralingüísticos (estilo, ritmo, connotaciones culturales, vitales...). Me parece buena la idea esa de que la traducción se asemeja a lo que en la música se llama variación sobre el mismo tema.

El texto original constituye un soporte que confiere una seguridad, una referencia tangible y mensurable. Esto en el caso de los autores reseñados puede ser importante, o quizás accesorio, pero bastón de ayuda en la creación del propio lenguaje y en otros menesteres. Martí Soler, bilingüe español-catalán y con una obra poética en cada idioma, me contaba que ese bilingüismo había arrasado su campo poético al considerar ambas como lenguas madre. Añadía que a partir de ahí entra en la traducción como punto de arranque creativo por otra vía para ver si se desbloqueaba la tensión negativa del bilingüismo. Señala que para él la traducción literaria es creación: *forma parte de mi autogestión creadora (...) la experiencia de traducir implica, desde luego a partir de mi punto de vista muy personal, un esfuerzo mayor que el de crear. Difusamente queda la impresión finalmente de que se pare dos veces, una como autor y otra como traductor (aunque uno sólo sea traductor)*<sup>21</sup>.

<sup>20</sup> George Steiner, op. cit., p. 382.

<sup>21</sup> Soler, Martí: «Opiniones sobre la traducción», *El Traductor*, n.º 0, 1.º semestre, 1982, p. 17.

La traducción, como raptó, trasvase o donación, puede considerarse una negación de la entropía (medida de la parte no utilizable de la energía contenida en un sistema) tanto de la propia lengua como de las sociedades, equivale a un acto de altruismo humanístico de primer orden. Añádase a esta negación de entropía que la traducción combate el enclaustramiento individual y social. Produce una notable vertiente de ruptura con el ghetto y, de paso con la ausencia de espacio, lleva a la asunción de un espíritu universalista. La dialéctica del impulso de confianza (primer paso de la traducción, según Steiner) y la relación recíproca de orden moral y lingüístico son recogidas en el siguiente párrafo: *Hace del lenguaje de la traducción un habla marcada por la vulnerabilidad; un habla desprovista de lugar, pero dueña de su propia intemperie y de una extrañeza luminosa; y, todo ello, porque es un instrumento de relación entre la lengua extranjera y la lengua propia. El mecanismo interno de compensación; la ofrenda que hace el traductor cuando se vuelve hacia el original que ha interiorizado, anexado y abandonado, son sin duda muy difíciles de sistematizar. Pero tiene muchas manifestaciones concretas e históricas. La traducción es obra de re-compensación, en la medida en que da al original una esperanza de vida y una zona de supervivencia geográfica y cultural, de las que de otro modo carecería*<sup>22</sup> ¿Es quizás en ese habla desprovisto de lugar, pero dueña de su propia intemperie donde se juntan la traducción y el exilio como dos líneas condenadas a encontrarse? No poseo datos suficientes para afirmar que sí. Sólo diré que los que concretamente aportan el trozo de espectro aquí estudiado hacen pensar que así puede ser.

Aparcamos el tema del espacio, tema fundamental del exilio, y entremos en el tiempo, tema absoluto desde mi punto de vista. El exilio, es, para mí, fundamentalmente problema de discontinuidad histórica, por lo tanto de tiempo. En esto se diferencian básicamente emigración y exilio; en el segundo hay una expulsión de la historia del país que en el primero no se da. También hay que anotar las diferencias que se producen entre los autoexiliados de espacio y los exilios políticos masivos. El primero sigue perteneciendo al tiempo de ese país, y por lo tanto a su historia, continúa umbilicalmente unido a sus palpitaciones, está en relación de inclusión por oposición y mantiene contactos directos con él, a la vez que su obra revierte sobre ese tiempo al que pertenece, incluso el hecho de su exclusión puede provocar un eco publicitario. Mientras que en un exilio como del que hablamos su separación fue del tiempo presente y de la historia. La expulsión y ninguneo a los que fueron sometidos, la lejanía, la negación contumaz por parte del exilio durante muchos años de la legitimidad histórica a lo que en España sucedía y el empecinamiento en negarse a aceptar la discontinuidad histórica, provocaron esa situación. Estas negaciones les pusieron a transitar durante muchos años una historia ficticia y nutrida de esencialidad y pasado, y, como muy bien es sabido, una historia así ni es real ni tiene tiempo ni tiene vida, pues el pasado es materia de la muerte. Es quizás este hecho uno de los errores o dramas de este exilio. Quizás fuese un drama inevitable por las circunstancias que lo acompañan: derrota de una causa justa, multitudinario, esperanza de un pronto regreso... Habría que ver si un exilio en estas condiciones puede hacer lo que sí pueden realizar individualidades autoexiliadas: seguir perteneciendo al tiempo de su país. Sinceramente, creo que no. La creencias en la justicia y en la superioridad moral de la causa defendida es la base de su ser y existir, y genera la negación de lo otro como fórmula de subsistencia.

Pero el tiempo es futuro además de pasado, sobre todo para esta generación que apenas estaba empezando a vivir. Según los estudios de T.W. Adorno y Ernest Bloch sobre las consecuencias históricas de la idea de futuro, la capacidad del hombre para superar una catástrofe individual o colectiva está inserta en la parte de la conciencia donde se ima-

<sup>22</sup> George Steiner, op. cit., p. 453.

gina el porvenir. Esta determinación de *continuar la historia* que ha sido dolor, terror, decepción, es la búsqueda de un significado nuevo de aquellos valores que la produjeron. Pero es también un intento de renovación del modelo. Y ésta es quizás una de las mayores angustias que debe sufrir el exiliado. Su futuro se vuelve individual. Se desgarrá del *continuum* histórico de su patria. Se ha quedado sin dimensión social en el sentido conocido. Y si bien puede remontar la catástrofe individual, no puede intentar renovar el modelo. Hay una reconversión trágica, el pasado colectivo se transforma en futuro individual. Es esa segunda fase del exilio, esa fase angustiada en que empieza a surgir la conciencia de que se ha dejado de ser protagonista de la historia para convertirse en espectador. Es entonces cuando *el alma humana se confía al lenguaje para traspasar su fatalidad temporal*<sup>23</sup>, apuntará Pedro Salinas. Sólo hay dos salidas a esta situación: seguir en contacto directo con la realidad del país aceptando la nueva situación aunque se intente cambiarla, o, con suma destreza, y algo debe perderse en el camino, dar el salto mortal hacia la universalidad histórica.

*La esencia del hombre está en soñar hacia adelante* —señala Bloch— *el hombre tiene el donde encarar la historia del futuro*, pero para estos hombres, que asumieron como suyo el exilio de sus mayores, es un futuro mutilado. La negación de la existencia en la historia colectiva los torna a un presente puntual. Como decía José de la Colina, *hasta el 75 éramos exiliados. Muerto Franco, ya ni sabemos lo que somos*. A lo que quizás contestaría Tomás Segovia: *Somos un canal en el tiempo que no va a ninguna parte*, y otros muchos con la actitud del cazador del cuento de Souto, «Coyote 13».

Es posible que el aprendizaje de lenguas y la traducción tengan una máxima importancia soterrada que el inconsciente sí ha descubierto. Estos campos, como hemos visto, no sólo pueden ofrecer un lugar sino también un futuro. Su condición se abre a una posibilidad de traspasar la idea de país e idioma y habitar otro lugar y otro tiempo. Quizás para ello haya que traspasar también la idea de exilio, llevándola más allá de sí misma, liberándola de su limitación dramática de simple tema y convirtiéndola, como decía Tomás Segovia, en condición.

Puede la traducción convertirse en esa fuga, en esa transgresión del propio idioma, transgresión de la palabra, liberalización de esa *palabra* abocada en círculos concéntricos hacia la esterilidad, hacia la conversión en monotema ensordecedor, hacia la equiparación tierra-palabra, equiparación que retrae constantemente al pasado y al silencio de las palabras gastadas. Frente a ello, la traducción rompe con esa *palabra*, no con *la tierra* y abre *el país lingüístico* hacia lo nuevo, lo amplio, lo universal. Representa la liberación de la celda del discurso mudo y ciego, poniendo al ser en contacto con lo otro, liberándolo de la obsesión propia del tema que invadía la voz y alienaba la palabra.

---

<sup>23</sup> Pedro Salinas, op. cit., p. 37.